

EL ESCRITOR

La hoja en blanco se me presenta amenazante, en realidad no es una hoja en blanco. Se trata de una pantalla de lap top. Nada surge de mi mente para llenarla de letras y quitarle ese color pálido que me resulta agresivo. Es increíble que no se me ocurra nada. Suelo tener algo en la gatera aunque no tenga ganas de escribirlo, y sin embargo ahora no se me ocurre absolutamente nada. Tengo la mente tan en blanco como la pantalla vacía. Storm braining, eso es lo que tengo que hacer. Tormenta de palabras. Escribir cualquier cosa que se me ocurra, para de allí partir con algo. Escribir un producto que conforme a mi editor. Se pasó las tres últimas semanas llamándome, exigiéndome que le presentara algo. Después de dos años algo tendría que haber escrito. Algo tengo que escribir. O de lo contrario me dedicaré a otra cosa. ¿Pero a qué? Nunca supe hacer otra cosa. Jamás hice otra cosa que no fuera escribir. Comencé escribiendo las paredes de mi casa, seguí escribiendo las paredes del barrio hasta llegar a la escuela. Allí aprendí a escribir sobre superficies verdes, los pizarrones y superficies blancas las hojas de papel. Y a partir de ese momento ya todo fue escribir. Aparentemente tenía cierta habilidad para ello. Comenzando con la composición “la vaca”, hasta llegar a escribir varios best-sellers. Obviamente con seudónimo. Jamás me perdonaría a mi mismo escribir semejantes futilidades con mi verdadero nombre. Mi abuelo desde las nubes me tiraría con su viejo piano de cola de no haberlo hecho. Pasaron cincuenta años y aquí estoy sentado frente a la pantalla que sigue sin sugerirme nada. La nada absoluta.

Transité por los ensayos, las novelas, los cuentos cortos, las columnas de opinión, la pura ciencia ficción y hasta las biografías autorizadas y de las otras. Mi último libro fue una novela de terror estilo Stephen King, no dormí por semanas de tanto miedo que me dio a mi mismo escribirla. Me compenetro mucho con lo sobrenatural, lo extraño. Siempre fui muy sugestionable. Ahora, el vacío me embarga. Me cubre de pies a cabeza e inunda toda la habitación, el departamento y alrededores. La vacuidad, tal

vez sea ese el tema.

Aunque debo confesar que no tengo capacidades de filósofo. Tampoco podría resultar bizarro, no es mi estilo. Si sigo así voy a terminar escribiendo un recetario de cocina, o un libro de horóscopo chino. Podría incursionar en esos temas, aunque debo confesar que mi ignorancia respecto a los dos géneros es total y absoluta. Debería informarme un poco antes. Un mínimo de respeto por el lector se debe de tener. Aunque muchos de mis colegas no tomen esos recaudos y resulten abiertamente un fraude sin ningún sentimiento de culpa. Miro las paredes.

No hay caso, no resulta, estoy empezando a ponerme nervioso. Oigo ruidos en el departamento de al lado, el que hace tanto tiempo que está desocupado.

¿Me habrá abandonado mi musa inspiradora?. Nunca creí mucho en eso. Tal vez tenga que aceptar que se me terminó la creatividad o las ganas de mentir. No puedo dejar de pensar en el "4° E". ¿Qué será ese ruido? Es como algo que se arrastra, apenas inteligible. Hojeo unas revistas que están tiradas por el suelo. Trato de encontrar un disparador. Una idea que me ilumine y permita arrancar y escribir ese libro tan esperado por mi editor y tan necesario para mi bolsillo. Ahora que lo pienso, hace meses que el departamento está a la venta, pero nunca se llevó a cabo la transacción y el dueño jamás vivió allí. Ni siquiera viene a limpiarlo o a ventilarlo, siempre permanece cerrado. Debe estar sumamente húmedo y con olor a encierro. Sigo escuchando ruidos. Presto atención, pero no llego a darme cuenta que pasa. La curiosidad me carcome. Por más que estire el cuello y me asome por la puerta tratando de ver la entrada a la vivienda, no logro ver nada desde mi posición. Voy a tener que avanzar unos pasos, y ya que estoy, toco el timbre y me presento. Es inútil nadie responde a mi llamado. Al golpear la puerta, se movió hacia adentro, eso quiere decir que no está cerrada. -¿Hola, hay alguien? Nadie me contesta. ¿Qué hago? Me voy a asomar. No mejor entro, a lo mejor hay algún problema en el departamento. Alguien herido, me parece que estoy impregnado de policiales negros. ¡Vamos Raymond Chandler todavía!. Siento que la transpiración cubre mi amplia frente, cuesta admitir que me estoy quedando sin cabello.

La habitación está a oscuras, trato de prender la luz. El interruptor está al lado de la puerta. Lo toco. Nada, no funciona, o cortaron la luz. Avanzo sobre la mullida alfombra hasta la ventana para abrir la persiana. Es inútil está trabada, no la puedo levantar. Mejor voy a casa a buscar una linterna. Por suerte la encontré enseguida y milagrosamente tiene pilas. ¡Pero cómo! Ahora la puerta está cerrada, si yo la dejé abierta de par en par. El viento no la pudo haber cerrado, hubiera escuchado el golpe. Tampoco escuché pasos, que extraño resulta todo esto. Me desagrada esta situación. Estoy empezando a tener taquicardia, me transpiran mucho las manos, tengo calor. No tengo pañuelo para secarme. Se me empañan los lentes. Está empezando a oscurecer o una nube tapó el sol. Una extraña sensación de desasosiego me embarga, algo siniestro flota en el ambiente. Esto no me gusta nada. ¿Para qué habré salido a fisgonear?

Mejor vuelvo a casa, se me acaba de ocurrir la idea para el comienzo de una novela de suspenso. "El misterio del 4° E". Puedo comenzar por el final. Un hombre muerto con una linterna en la mano frente al 4° E. ¿Quién lo mató? Esa es la pregunta del millón. La respuesta es, que sin querer le pisó la cola al gato del encargado, que siempre anda deambulando por los pasillos. El maullido del animal fue tan agudo e inesperado que el hombre cayó al suelo con un rictus de terror en el rostro. Así lo encontraron una hora después. ¿Y ahora qué sigue? Me falta nada más que el resto de la novela.

Irene Susana Márquez

